

Evidente. Pero no está ahí el secreto del secreto de su prestigio sobre las almas. Yo lo miraba con atención. Nos hablábamos muy de cerca uno del otro, sobre el pavimento de mármol de aquel grandioso salón del palacio Chiggi, en uno de cuyos ángulos está su mesa de trabajo. A nuestro lado, una enorme esfera marcaba el centro de aquella aula señorial. Casi cara a cara, me hablaba sencillamente, sin ademanes, con voz tranquila de hermoso timbre. Bien conformado, vigoroso, de estatura mediana, vestido con sencillez, la luz le daba de lleno sobre el rostro, hoy tan popular. En sus mejillas y en su mento hay una tenaz sombra azul a despecho del rasurado perfecto. Conocida es su fisonomía de rasgos antiguos. En ella se encuentran los poderosos relieves de la energía romana. Bajo la vasta frente, yo adivinaba la audacia de las miras

y los planes profundos. Sus ojos, de un color de castaña dorada y de pupila muy negra, me miraban. Me llamó la atención su dulzura infinita. Mucho se ha hablado de su fogosidad en la acción. En el reposo, es maravilloso de bondad. Toda la faz, todo el hombre, en las horas tranquilas y confiadas, expresa un deseo, una necesidad de amar, una afectuosa expansión. Y eso es lo que seduce, lo que conmueve, lo que conquista. Ama a sus semejantes, ama a su patria, ama a la humanidad. ¡Ama, en fin! Y, por el amor y para el amor, ha vivido y vive y ha querido ser el *dux*, el conductor que edificará una fuerte y magnánima Italia.

HENRI DE NOUSSANNE.

París, novbre. de 1923.

(*L'Illustration*, París.
Trad. de *El Tiempo*, Bogotá)

La hora que pasa

El *Repertorio Americano* ha recibido de un amigo estas páginas escritas por una dama costarricense que se oculta bajo el nombre de Blanca Milanés.

Sensación fresca del paisaje, melancolía del tiempo fugaz, reflexión fina, amor de las cosas humildes, prosa cuidada, de todo esto hay en las páginas de Blanca.

Que no sean las últimas que remita al *Repertorio*.

Las primeras lluvias

Hoy han caído las primeras lluvias de abril. Fué un aguacero fuerte que repiqueteaba sobre el techo y en los vidrios de mi alcoba como un tambor tocado por las duras manos de un veterano. Después del chubasco siguió una llovizna persistente que envolvió la ciudad en un manto de neblinas tristes. El invierno anda a poner en mi corazón una sedante sensación de nostalgia que me produce un extraño desconcierto. Yo amo los días de sol, los días cálidos que encienden mi sangre de misteriosos deseos, que ponen en mis mejillas vivas llamaradas de carmín y en mi carne morena suaves toques de bronce. Amo el sol que madura las uvas, que incita a cantar en sus flautas monocordes con un cantar largo y hondo a las cigarras imprevisoras, que hace reventar los granos germinales, y me complazco en asomarme al brocal del pozo que hay en mi huerto, cuando el sol cae verticalmente sobre el agua fresca y se goza en mirarse extasiado como una mujer enamorada. Entonces tiro una guija al fondo y toda aquella quietud se cambia en una agitación de oros tem-

blorosos, que se apaciguan después muy lentamente, hasta quedar el cielo invertido y el sol rutilando como una vieja moneda perdida.

La guacamaya

Desde la ventana de mi balcón veo todos los días una locuaz guacamaya de vivos matices que se pasea por el tejado de mi vecino. Ostenta muy bien repartidos los tres colores primarios: la cola y el dorso del cuerpo de un rojo exaltado, las alas azules de un azul de Prusia, y el pecho amarillo. Sobre la cabeza luce un moño colorado, y al verla que se yergue con cierta petulancia he pensado en aquellos descamisados de la Revolución francesa con sus gorros escarlatas. En los días calurosos, precursores de lluvia, agita las alas con alegría dando agudos chillidos y con el corvo pico, que se parece a la nariz de un Emperador romano, puesto sobre las tejas, hace pequeños recorridos dando alegres saltitos. Esta guacamaya probablemente fué domesticada en alguna casa de las tierras calientes, y cuando abajo en las calles ladra un perro, alborota un chiquillo o lanza una palabrota algún carretonero maldiciente, la guacamaya les grita persistentemente esta palabra: «¡Menguados!»

Y acaso este animal tenga razón. Somos cobardes, pusilánimes, tontos. Nos consumimos sin haber dado para nuestros semejantes lo que hubiéramos podido dar. No sabemos vivir la vida, don el más hermoso de Dios.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Floreccillas

He salido al campo después de los primeros días de lluvia. Recorro los angostos senderos afelpados de fresca grama verde cuajada de gotitas brillantes de rocío. Las florecillas silvestres están como regocijadas con la llegada de las primeras lluvias y se balancean en sus tallos con una alegría sana cuando el viento las acaricia. Estas florecillas del campo son como más ingenuas, como más sinceras que las de la ciudad. Abren sus corolas con cierta sencillez, dan su perfume con más naturalidad y tienen una dulce timidez llena de encanto. Yo he pensado, que en el cielo de las flores, puesto que éstas también habrán de tener su paraíso, las florecillas campesinas serán de las primeras por su espíritu de humildad, ajeno de pompas como las flores ciudadanas. Ellas dan su aroma por el placer de darlo, conscientes de su misión, y luego morirán olvidadas sin antes haber lucido en el pecho de una mujer hermosa, esplendor en un jarrón elegante, o adornar la solapa de algún barbilindo ridículo.

Estas florecillas campestres las amaba con tal ternura el Santo de Asís, que cuando andaba por el campo las apartaba cuidadoso para no troncharlas al caminar. Deberían llamarse en homenaje al poeta de Asís «floreccillas franciscanas», por su espíritu de humildad, pero nosotros los civilizados confundimos lastimosamente la humildad con la tontería.

Esas nubes...

Ha llovido incesantemente durante dos horas como si se hubieran abierto todas las cataratas del espacio. Y en esta sobretarde melancólica, ya serena la atmósfera, contemplo los innumerables escuadrones de nubes en marcha al Poniente. ¿Hacia dónde caminará esta pausada procesión de nubes? Algunas retrasadas se prenden al picacho más alto de la montaña como cansadas del ignorado viaje y otras se deshilachan suavemente hasta desvanecerse. Mañana serán lluvia benéfica en el campo, irán a aumentar el caudal de los ríos que secó el verano o a pagar la sed del caminante. Conocerán viejas ciudades, pasarán sobre valles y desiertos, pero tú, mi alma nostálgica, prisionera en tu cárcel de barro por los convencionalismos humanos, te consumes de hastío. Si al menos pudieras tener la libertad incontenida de esas nubes fugitivas, de esas nubes...

BLANCA MILANÉS

Abril, 1924.